

## **Conciencia de mismidad: identidad y cultura cubana**

Carolina de la Torre

*Psicóloga. Universidad de La Habana.*

La identidad nacional o la conciencia de *mismidad* de los pueblos es objeto de estudio de las más diversas disciplinas. La historia, la sociología, las ciencias políticas y la psicología son algunas de ellas. Dentro del contexto de la psicología son muchas las especialidades y las formas de aproximación al fenómeno. Los psicólogos nos interesamos por la identidad nacional a la luz de los actuales acontecimientos en especialidades como personalidad, etnopsicología, etnopsicoanálisis, antropología psicológica, psicología cultural, psicología transcultural, psicología política y social, psicología comunitaria y de las minorías, psicología del desarrollo y otras aproximaciones. A su vez, en cada una de ellas es posible que se produzcan los más diversos referentes teóricos para abordar el fenómeno. Así, por sólo citar algunos ejemplos, vemos que en la propia psicología social la identidad nacional se aborda desde las concepciones de las teorías psicoanalíticas, fenomenológicas (como formación del sí mismo individual y social), interaccionistas u otras. Es más, en los trabajos teóricos e investigaciones prácticas sobre el tema, la vía para llegar al estudio de la identidad nacional puede remontarse a los viajeros de la antigüedad que se enfrentaron a las diferencias entre los pueblos, a las crónicas de conquistadores y conquistados, a las ideas sociológicas y políticas modernas, al pensamiento político y social de la región o a la psicología individual y social.

No es fácil, por tanto, pensar teóricamente en el tema. Entre el afán de ser abarcadores, sistemáticos, dialécticos, y el temor de ser dogmáticos o eclécticos corremos el peligro de paralizarnos. Y no quiero paralizarme: asumo ya la perfección del resultado en favor de la importancia que tiene pensar en nuestra identidad en términos de lo que queremos decir cuando empleamos este concepto, de la idea concebida sobre los componentes de la identidad, su desarrollo, importancia esencial y funcional en el momento actual.

¿De qué hablamos cuando nos referimos a la identidad nacional?

Se ha debatido bastante, al menos entre los psicólogos, acerca de si la identidad nacional tiene que ver con las características «objetivas» de un pueblo, destacándose, valga el trabalenguas, las características «objetivas» de su subjetividad (algunos investigadores creen poder detectadas imparcialmente con un buen número de observadores o encuestadores bien entrenados) o con la manera en la cual los pueblos «subjetivaban» su ser (auto imagen). Lo cierto es, y esto ha sido muy claramente planteado por los psicólogos sociales latinoamericanos, que la identidad nacional tiene que ver con ambas cosas. Es posible pensar en rasgos y costumbres compartidos por las personas de un mismo pueblo, aunque no sean percibidos, evaluados, comparados, afectivamente vivenciados e incorporados, en tanto representaciones, como elementos reguladores del comportamiento individual y social.

Cuando hablamos de identidad nacional nos referimos al ser nacional y a su imagen, porque el ser de un pueblo y su núcleo distintivo o *mismidad* no permanecen ocultos para quienes en sus singularidades, reciben,

construyen y transmiten los elementos que nos permiten compartir subjetivamente un mismo espacio sociopsicológico de pertenencia. Por el contrario, las representaciones compartidas en torno a las tradiciones, historia, raíces comunes, formas de vida, motivaciones, creencias, valores, costumbres, actitudes, rasgos y otras características de un pueblo son, precisamente, las que permiten decir que un pueblo tiene una identidad.

Tratándose de identidad no todo es subjetividad pero, por muy fuertes, estables o difundidas que sean las características compartidas por un pueblo no se puede hablar de identidad si no existe la apropiación subjetiva de estas.

Los grupos humanos, incluso cuando han sido artificial o forzadamente creados, tienden a desarrollar elementos comunes y a conformar identidades sociales; lo cual quiere decir que sus miembros, con mayor o menor conciencia y elaboración, incluyen en su autoconcepto representaciones relativas y derivadas de su pertenencia al grupo, que los integrantes se reconocen a sí mismos como miembros de una determinada entidad social y esta identificación se incorpora al sistema de las otras identificaciones sociales, que de manera única e irrepetible conforman entre otras cosas su identidad personal. Así, cuando se habla de la identidad social (familiar, comunitaria, étnica, nacional...) no basta mencionar elementos comunes o el hecho de que los miembros los hayan concientizado. Tiene que existir conciencia de la comunidad en sí misma y de su continuidad. Es más, los miembros de un grupo con identidad no sólo deben compartir representaciones en torno al hecho de conformar una entidad con rasgos comunes, deben tener conciencia de ser un grupo con características diferentes a las de otros grupos.

El hecho de hablar de representaciones compartidas no significa que todos sean conscientes de los elementos que sustentan nuestra conciencia de identidad. Al tener una identidad nacional, los pueblos poseen conciencia de su *mismidad* aunque las personas que compartan estas representaciones no sean conscientes de todos los «argumentos» que les permiten sentirse como partes de un mismo conglomerado humano. Por otro lado, el nivel de reconocimiento, elaboración y reflexión personal en torno a esto puede ser muy variado, en dependencia de las más diversas características personales, circunstanciales (presencia de otros grupos nacionales o étnicos por ejemplo), históricas, entre otras.

Puede suceder que los individuos y los grupos vivan sin detenerse a pensar o profundizar en su identidad, y aunque tengan conciencia de quiénes son y a qué pertenecen no operen con un «*awareness*» de esta, hasta tanto determinadas circunstancias los obliguen a percatarse de su *mismidad* y a pensar, sentir y actuar en concordancia con, o en defensa de ella. Mi experiencia con emigrados, como miembro de un país acosado históricamente por un enemigo externo, en el trabajo de asesoría psicológica y como investigadora en contacto con cientos de cubanos de todas las edades, me ha corroborado la importancia de este presupuesto planteado vivencial y teóricamente por los estudiosos del tema, desde Freud y James, pasando por los trascendentales trabajos (a pesar de lo criticados) de Erikson, hasta los más actuales y minuciosos ensayos que el espacio y el tiempo no me permiten referir con la profundidad que quisiera. Esto nos obliga a pensar que la formación de la identidad puede (y debe) recibir influencias sociales que afecten desde lo personal hasta lo grupal en el sentido de ayudar a crear circunstancias favorecedoras de una exploración, apropiación creativa e identificación consigo

mismo y con los grupos de pertenencia.

Hasta aquí parecería que la identidad existe de manera exclusiva o predominante como representación social o sistema cognitivo que sirve a los individuos que la comparten como elemento de categorización y orientación. Pero no es así; ni siquiera es posible hablar de identidad si no se consideran sus componentes afectivos y de actitudes. Una fuerte y positiva identidad nacional (o cualquier otro tipo de identidad social) presupone sentimientos de pertenencia, satisfacción y orgullo de esta pertenencia, compromiso y participación en las prácticas sociales y culturales propias. Una persona puede categorizarse a sí misma como parte de un pueblo, pero no tener sentimientos y afectos vinculados a esta inclusión. Puede tener sentimientos, pero negativos (vergüenza de su origen, poca autoestima, etc.). Por último, puede tener representaciones y afectos, pero no poseer actitudes y formas de vida integradas a las de su pueblo (compartir lengua, religión, ideología, costumbres, relaciones personales...).

Tratando de conocer todas esas dimensiones de la identidad, hay quienes se han acercado al estudio de los pueblos mediante la exploración de sus valores, sus motivaciones o sus desempeños en unos y otros *tests* psicológicos. Hay quienes han estudiado diferentes expresiones de fenómenos relevantes para las teorías que sustentan. Hay quienes acumulan datos históricos, sociológicos, económicos, demográficos, y sobre la base de ellos logran caracterizar a grupos étnicos, nacionales o de otro tipo. Se suelen comparar los resultados encontrados en unos pueblos con los hallados en otros, así como producir literatura científica que sirve, entre otras cosas, para divulgar nociones y sistemas cognoscitivos que se interiorizan por las masas y se incorporan como representaciones sociales de su identidad. Hay, por último, quienes creen que los científicos (o los intelectuales, ideólogos y políticos) tienen posibilidades mayores de conocer la verdadera identidad de un pueblo, dejando para esos sujetos la opción de decir cómo «creen» que son.

Esas aproximaciones ayudan; el problema está en olvidar que la identidad no es algo que espera a ser descubierto por los investigadores, ni tampoco algo que para unos y otros pueblos puede ser medido sobre la base de iguales parámetros. Podemos, por ejemplo, investigar los componentes edípicos de la personalidad del cubano, podemos descubrir determinadas características compartidas, podemos incluso encontrar que las personas se percatan de ellas, y podemos concluir que el fenómeno detectado es parte de nuestra identidad. Pero esto no basta; ni siquiera es siempre necesario. Faltaría saber si los cubanos cuando piensan en sí mismos, como pueblo que comparte una serie de características comunes y diferentes a las de otros, reconocen como propios y distintivos sus problemas edípicos. Faltaría saber cómo y dónde ubican los cubanos su identidad, qué moviliza sus afectos y actitudes hacia lo nacional. Así, para los cubanos, considerarnos afables, solidarios, alegres o sexualmente fogosos puede ser tan importante como para los costarricenses considerarse pacifistas. Ni la medida objetiva de ciertos rasgos, ni la comparación de parámetros establecidos (y a veces muy poco significativos como elementos de comunidad, continuidad, diferencia con los otros, etc.) nos garantiza el camino de acceso al núcleo de la identidad, a la conciencia de *la mismidad*.

En verdad, desde el primer momento del nacimiento empezamos a construir nuestra identidad social y personal (que como han planteado diversos psicólogos es social porque como aquella se construye socialmente).

En este proceso complejo e ininterrumpido de búsqueda de la *mismidad*, unidad e integridad está presente, en aparente contradicción, un permanente trabajo de identificación con valores, creencias, actitudes, costumbres y auto imágenes que se ofrecen desde afuera y desde antes al sujeto. En esta época invadida por los medios de comunicación, la construcción social de la identidad es tan manipulada y confusa, que con razón ha dicho Levi-Strauss que las crisis de identidad son el nuevo mal del siglo. En fin, que la identidad en gran parte se recibe, se adquiere o, si se quiere de otra manera, se hereda. Y esto es una de las responsabilidades mayores que una sociedad tiene con respecto a las nuevas generaciones. Pero la identidad no es una cosa que se da hecha y mucho menos que se recibe de manera pasiva y uniforme (en diferentes lugares, clases, momentos, coyunturas históricas y sociales, o por parte de diferentes sujetos). Las identidades personales y grupales obedecen a diferentes influencias de la cultura sobre los sujetos, pero la cultura está en las personas como mismo las subjetividades son resultados culturales o como plantea un famoso y actual psicólogo «cultural» norteamericano cuando dice que los mundos intencionales y las personas intencionales se fabrican continuamente unos a los otros. Pero no se imponen identidades. Una identidad impuesta es una falsa identidad, un estereotipo endeble y vulnerable que fácilmente se puede desmoronar como nos acaba de demostrar la historia más reciente.

La identidad se recibe, se transforma, se enriquece, se recrea y hasta se abandona o se pierde. Por eso nadie puede decir por decreto, ni por consideraciones teóricas, ni por convicciones ideológicas, ni por conveniencias coyunturales o históricas cuál es la identidad de un pueblo. Los pueblos (o las comunidades, las minorías, las familias, los individuos) son moldeados por su sociedad sólo hasta el límite en que los mensajes pasan por su subjetividad activa y creativa, que es donde se plasma de modo concreto y real la identidad. No existe ninguna identidad social si no existe como espacio sociopsicológico de pertenencia, como conciencia y sentimientos compartidos de *mismidad* en cada uno de los sujetos considerados pertenecientes a ella. No existe fuerza en esa identidad si esta no es caracterizada con claridad por sus miembros, si no está asociada a vivencias y búsquedas personales, si no entraña afectos y compromisos. La identidad está siempre recreándose, enriqueciéndose por influencias que pueden venir incluso de lo que como referente externo constituye el otro frente al cual se dibuja.

Los cubanos en el exterior, por ejemplo, reciben las más diversas influencias de la cultura en la cual se insertan, pero cuando están empeñados en mantener la identidad, interiorizan estas influencias sólo hasta el límite en que amenazan romper la esencia que da continuidad a su *mismidad*. En este instante la identidad se hace más consciente, se elabora e incluso, si eso la protege, se «congela» mediante un atrincheramiento en las cosas iguales que se conservan y aglutinan frente a las diferencias que acotan. Y, como si fuese poco, cuando las adquisiciones comunes empiezan a ser poca defensa, las pérdidas comunes se empiezan a elaborar también. Y es bueno que la identidad mayor, la de la patria que nos agrupa a todos, apoye estas defensas, porque existe el peligro de que con el paso del tiempo (es una ley) a las nuevas generaciones les sea más fácil aculturizarse que congelarse, o que al subgrupo (cubanoamericanos, cubanos de Miami, Venezuela, México...) le resulte cada vez más protectora, cercana, operante y significativa la identidad del subgrupo, al extremo de desatarse del grupo mayor que en su origen le dio sentido.

Poco a poco nos acercamos al problema de la armonía y de la homogeneidad. Identidad supone relativa

igualdad, continuidad (que permite precisamente el reconocimiento a pesar del paso del tiempo y de la diversidad de miembros) y diferencias con el otro. Pero la identidad no es sinónimo de armonía. No por la presencia dialéctica de contrarios en lo externo de la identidad (igualdad entre los connacionales y diferencia con los otros, continuidad esencial frente a la discontinuidad circunstancial), sino por la presencia de la contradicción interna. Hacia adentro no todo es armonía, hacia afuera no todo es contradicción, lo que desde cierto contexto es armonía, desde otro es contradicción. La contradicción hacia el interno de la identidad es la salvación contra el estancamiento y la muerte de una identidad social.

Al sobrevalorar la homogeneidad interna o la diferencia con el otro, se olvida que las identidades sociales son muy relativas y que los límites de un grupo comunitario, étnico o nacional funcionan como diferencia frente al otro a cierto nivel, pasando a desempeñar un papel muy secundario cuando una identidad social más abarcadora los incluye sobre la base de fronteras diferentes. Los venezolanos pueden considerarse muy diferentes a los colombianos, incluso hostiles, hasta cuando ellos, nosotros y el resto de los latinoamericanos empezamos a pensar como tales y a considerarnos muy diferentes a los norteamericanos. En este caso, identidades nacionales quedan integradas a una identidad supranacional.

Muchos ejemplos podrían analizarse para ilustrar esta relatividad, y podría abundarse sobre el peligro que representa, para la conciencia de *mismidad* de una identidad social, el establecimiento de criterios o límites que no abarquen a todos los miembros, la presencia de fuertes contradicciones entre subidentidades, la emergencia de subidentidades que funcionalmente empiecen a ser, para sus miembros más importantes que la identidad más abarcadora, la confusión en relación con los modelos o patrones aceptados (crisis de valores, conflictos de motivos, doble moral, actitudes antagónicas o disonantes), así como la presencia de un «otro» que, más que punto de contraste, se instaure como modelo a imitar, como constatación frustrante de lo propio subvalorado o como juez que no solo sanciona, sino fabrica autoconciencia subestimada. La historia de los países subdesarrollados está llena de ejemplos. También la literatura latinoamericana nos invita a esta permanente reflexión: Martí vs. Sarmiento, y muchas otras producciones, nos alertan frente al abismo marcado por la política, la clase y la conciencia de independencia.

Por otro lado, como mismo la identidad nacional representa un elemento de unión y cohesión frente a la agresión externa (de otro país, de la cultura dominante frente a la cultura de las minorías —la cultura norteamericana frente a la cultura de los cubanos en los Estados Unidos por ejemplo—), constituye una defensa frente a la desintegración causada por amenazas internas. En este sentido la identidad se puede convertir en elemento revolucionario en favor de la soberanía, el desarrollo y la cohesión nacional. Pero si la defensa de la identidad ahoga las confrontaciones internas (internas a la nacionalidad, no al territorio), entonces no solo se convierte en una posición reaccionaria, sino que, a la larga, produce una incubación de contradicciones y resentimientos que en determinado momento provocan la desintegración que supuestamente se quería evitar. Reivindicaciones sexuales (el derecho a la homo, bi o transexualidad), generacionales, étnicas, regionales, de clase, políticas, religiosas, si son mal tratadas, pueden ser muy amenazantes para la identidad nacional o para el bienestar que esta identidad debe proporcionar a quienes en ellas se inscriben. Un ejemplo es el personaje de